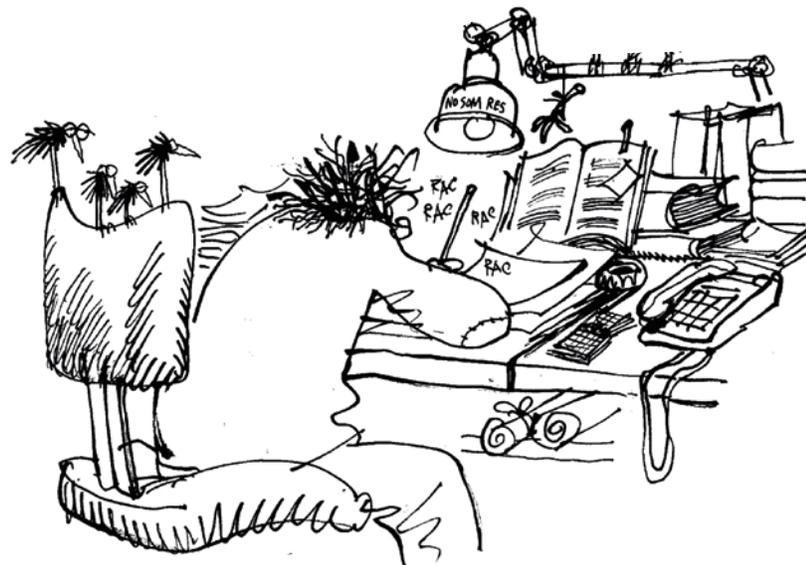


UN GENIO EN TRAZOS



Prescindamos por un momento del discurso político. No por mucho tiempo, pues eso no sólo es imposible, sino poco recomendable. Desprendámonos de lo político el tiempo suficiente para mirar a través de otro cristal. Instalémonos por un instante en el terreno lírico, que, desde luego, tiene su propia voz. Parémonos, particularmente, sobre el montículo de la poesía latinoamericana. Desde ese ventanal hispanohablante pueden leerse dos definiciones de la palabra “exilio”.

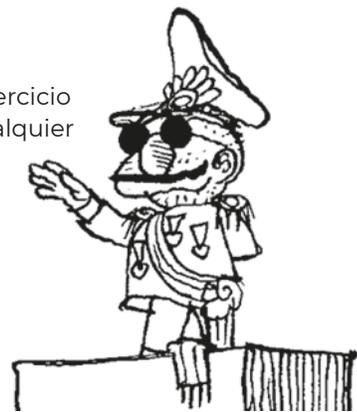
La escritora uruguaya Cristina Peri Rossi propone una definición que en realidad es una suma de pequeñas tragedias, aunque al final ese saldo nos devuelva una sonrisa entre afectada, impotente y socarrona:

“El exilio es tener un franco en el bolsillo
y que el teléfono se trague la moneda
y no la suelte
—ni moneda ni llamada—
en el exacto momento en que nos damos cuenta
de que la cabina no funciona.”

Otra definición, quizá más hierática, nos la aporta el colombiano Álvaro Mutis en su poemario *Los trabajos perdidos*:

“Voz del exilio, voz de pozo cegado,
voz huérfana, gran voz que se levanta
como hierba furiosa o pezuña de bestia,
voz sorda del exilio,
hoy ha brotado como una espesa sangre
reclamando mansamente su lugar
en algún sitio del mundo.”

Pero, ¿para qué sirve mirar, por un momento, con otros ojos? La utilidad de este ejercicio consiste, considero, en demostrar que el trance de los desterrados permite casi cualquier abordaje que no sea político, es decir, solemne. Y lo permite justamente para ponderar ese trance, para asimilarlo, para aceptarlo, para sobrellevarlo e incluso para conjurarlo.





Convengamos entonces que esa multiplicidad de perspectivas resulta pertinente para entender —nunca justificar— el destierro, esa llaga —a veces colectiva, a veces individual— que se tensa entre dos polos, oscilación conceptual que el escritor español Juan Goytisolo describe con certeza gélida, contundente: “La inutilidad del exilio y, de modo simultáneo, la imposibilidad del retorno”. El exilio es, pues, un vano castigo que funge, al mismo tiempo, como un obstáculo insalvable para anular el destierro.

Y en este juego de miradas sobre el exilio ¿cabe la literatura? Sí, definitivamente. ¿El arte visual cabe? ¿La música, el teatro, la labor artística en general? La respuesta es sí, y ejemplos hay en demasía: del exilio español al sudamericano se multiplican las expresiones creativas que dan cuenta de esa catástrofe social llamada destierro. Ahora bien, ¿también cabe el humor? ¿El humor gráfico, para ser más precisos? La respuesta es asimismo afirmativa y además tiene nombre y apellido: José Palomo.

A principios de los años 60, ya con una formación crítica desde la niñez (acudió a una “escuela hippie”, suele decir), Palomo emprendió camino, lapicero en ristre, por el mundo del humor gráfico. Más de una década después, el 11 de septiembre de 1973, salió de casa rumbo a su trabajo. Más tarde uno de sus vecinos, un exiliado brasileño a quien Pepe llamó por teléfono, le contó que afuera de su casa la policía había puesto una trampa para detenerlo. El golpe estaba en marcha.

De inmediato buscó un sitio para esconderse y ese lugar fue la casa de un conocido en la que encontró a un grupo de ingenieros agrónomos mexicanos, que estaban en Chile para trabajar con el gobierno allendista. Ellos le aconsejaron ir a la embajada de México y quedarse hasta que todo se calmara. Cuando llegó, le advirtieron que no podía salir del inmueble, pues sería detenido y llevado al Estadio Nacional de Santiago, tal como sucedió con mucha gente de la que nunca más se supo. Y así, acongojado, abandonó su país para dirigirse a México, su casa desde hace medio siglo.

Y su actividad no paró. Al contrario: cada vez fue más frenética. Así, diarios y revistas de América Latina y Europa han tenido la oportunidad de publicar sus sátiras entintadas. Ese andar quijotesco de redacción en redacción lo ha convertido en una referencia ineludible para entender, a través del humor, los múltiples sucesos que el mundo ha padecido por obra y desgracia de quienes abusan del poder político y económico.

Porque, hay que decirlo, ésa es la preocupación central de *Palomo*, ése es su asunto de fondo: el poder. Por ello no suele personalizar sus dibujos. Sus trazos relatan situaciones en las que el poder, como concepto y ejercicio, campea y horroriza a la población, pero a esas situaciones les coloca, con genio y destreza, un filtro de finísimo humor.

Un ejemplo diáfano de ello es *El Cuarto Reich*, quizá su tira más longeva y celebrada. En ella, *Palomo* se mofa de cierto personaje chaparrito, gobernante de cierto país instalado en “ninguna parte” de América Latina, quien representa una especie de “continuación tropical” del Tercer Reich germano. Sin embargo, es el lector el que, en complicidad con el dibujante chileno, establece las correspondencias necesarias para comprender y reírse de cada estrambótica situación plasmada en el papel.

El Cuarto Reich, régimen que defiende “el orden, la onradez y el ornato”, está habitado por una caterva de personajes burdos que, en uno u otro nivel, ejercen el poder: dando órdenes, ejecutando aprehensiones o torturando a mansalva. Y aunque eso es en realidad una tragedia, el humor de *Palomo* lo transforma en una feria de esperpentos de toda ralea, cuya función es ser blanco de la franca risotada.



En ese sentido, y como ejemplo, destaco un dibujo, mi favorito. Un preso político entabla una “charla” con el burdo agente de la ley que cuida su celda. El prisionero clama ante el tedio del policía: “¡Si uno dice su opinión: le dan palos! ¡Si insiste: balas!” Y machaca con vehemencia desde el encierro: “¡No hay diálogo, sólo represión!” Y vuelve a la carga a los gritos: “¡Entiéndanlo de una vez: las ideas se combaten con las ideas!” Por fin, el bruto policía, que se mantenía inmutable ante la perorata del preso, reacciona con

un argumento imbatible: “¡Ja!... Eso querías, eh?: Nosotros jamás combatimos en desventaja!” Y ante el despropósito de tal respuesta, el chiste nace. Y lo hace a costillas de la virginal inteligencia del custodio.



Por eso, por hacer trizas las banalidades, incongruencias y torpezas del poder abusivo, Palomo se ha vuelto un humorista de celebridad bien ganada.

Así, sus aportaciones al periodismo impreso se cuentan por miles y rebasan el ámbito del diario, pues también es autor de obras infantiles y su labor como ilustrador de libros de texto de la SEP lo colocó ante los ojos de cientos de miles de estudiantes de primaria de varias generaciones. *Literatos*, publicado en el sello Fondo de Cultura Económica, es una verdadera joya que captura la esencia de la labor editorial en todas sus fases, pero vista a través del humor más elocuente y sofisticado.

Para muestra, un botón: en la portada del libro de marras aparece un “mecánico” tirado bocabajo en el piso y rodeado de sus herramientas, mientras le hace talacha no a un automóvil, sino a un libro abierto por la mitad.



Después de toda esa andadura, hoy *Palomo* publica regularmente en *Excélsior* desde julio de 2017. Para celebrar su regreso a las páginas de un periódico mexicano de alcance nacional, Pepe respondió una larga entrevista que se publicó en la sección cultural.

De aquel espléndido diálogo con el periodista Juan Carlos Talavera sobresalen dos frases del artista visual: “Un buen cartón, de humor inobjetable, en pocos trazos, de fácil lectura, nos entrega información, opinión, sentido crítico y algo de sátira y comedia. Es un medio de lectura inteligente”. Y también: “La poesía y la caricatura son rutas para escapar de la barbarie y de la monotonía. Por eso cuando veo fotos de milicos chilenos quemando libros pienso que esos pobres infelices no imaginaron nunca qué hubiese ocurrido si, en vez de quemarlos, los hubiesen leído”.

A sus 80 años de vida y más de 60 de trayectoria, el sentido del humor de Pepe no ha perdido el filo. Incluso hoy se da el lujo de hacer una excepción en su estilo de no personalizar a representantes alevosos del poder. Esta vez sí hace referencia directa a un personaje siniestro que, como presidente de Estados Unidos, detentó un poder casi ilimitado y hoy lucha por alcanzarlo nuevamente. Se trata del tristemente célebre Donald Trump, un empresario con piel de político que ha sido abiertamente racista y consistentemente deleznable.

Con perlas de humor fino y valiente, que crea con genial agudeza, *Palomo* lleva seis décadas estampando, con tinta y papel, las truculencias de poder autoritario y riéndose de él. Tenerlo en México, a pesar de su salida forzosa de Chile, es un privilegio de medio siglo. Sus dibujos son, desde siempre, un acicate crítico pleno de saludable y magistral ironía.

Víctor Manuel Torres,
verano de 2023.